

no á ese centralismo, origen y causa permanente de nuestros males; y como no fio ya en palabras, me propongo utilizar, mientras vienen las obras, la fuerza irresistible de la cohesión.

Pero en 1909 prevaleció el centralismo, valiéndose de ardidés que avergüenza todavía recordar; Solidaridad no se mantuvo, sino que se deshizo; y ¿qué resolución adoptaron entonces las derechas catalanistas? ¿Engrosar las filas del partido conservador nacional para renovarle, depurarle, transformarle o completarle? No. ¿Procurar una concentración de todas las derechas españolas? Tampoco. ¿Propagar la ciudadanía fuera de Cataluña con objeto de infundir en los gremios políticos espíritu social de verdaderos partidos? Menos aún. Lo que hicieron las derechas catalanistas fué aferrarse al regionalismo, arcaico e inútil ya para futuros empeños, constituirse también en gremio parlamentario, abrir puesto en la feria de contratación madrileña, y medir á los gobiernos, no por lo que hacían, sino por lo que daban.

A semejanza de esas miserables aldeas de las «tierras muertas», que aclaman al cacique cuando les consigue la carretera, el puente o el edificio para casa consistorial, una parte de la opinión catalana absuelve á los gobiernos de torpezas y claudicaciones, porque imagina que cuanto más débiles serán más dóciles.

El regionalismo militante pregonaba la degeneración de los partidos históricos; pero lejos de sumar sus energías renovadoras á las de cuantos, coincidiendo en la apreciación crítica, aspirábamos á enmendar el yerro evolutivamente, ha presenciado con fruición ostensible el derrumbamiento, no confesado siquiera, de esas vetustas organizaciones partidistas.

Henos aquí ya en el régimen feliz de los gobiernos de grupo. ¡Ah! pues hemos firmado sentencia condenándonos á vivir sin Cortes.

Porque si el grupo gobernante es, como el actual, homogéneo, no tendrá mayoría; y es heterogéneo, como el que parece disponerse á la sucesión, no tendrá paz interior en el bullicio parlamentario.

Vivir sin Cortes es vivir de expedientes. Expediente el famoso Decreto creador de Mancomunidades provinciales, sin autonomía municipal, ni independencia económica, expediente la Junta de Iniciativas y ésta otra malograda antes que nacida; expediente el presupuesto en vigor; expediente la contradanza de mandos y recompensas en África; expediente la emisión de obligaciones del Tesoro después de fracasar el empréstito; expediente la política de subsistencias, sin más norma que el motín regulador; expediente las fórmulas ideadas para retrasar los conflictos entre los capitalistas y trabajadores sin resolverlos nunca; expediente la pseudoneutralidad mantenida ante la guerra europea; expediente la suspensión aplicada á capricho de garantías constitucionales; expediente la última crisis, las

consultas de la Corona, y el mismo Gobierno que nos preside.

Quéjase con razón Cataluña de estar mal gobernada; pero no lo está mejor el resto de España, ni lo estará mientras no se sancen los cambios del poder público.

El error del catalanismo consistió en no comprender que aprovechaba poco en redimir la patria chica si no se redimía después la patria grande. Si Cataluña no se aplica á salvar á España, deseche toda esperanza, porque perecerá con ella.

GABRIEL MAURA GAMAZO

Mortera, 28—VII—15.

Contestant a don Grabiél Maura

I

L'estat actual de la consciencia catalana

L'article de don Grabiél Maura «El error del Catalanismo», que dies enrera va publicar *La Veu de Catalunya* és dels que conviden a la controvèrsia. Està honradament pensat i sincerament escrit. Exposa afirmacions i punts de vista que més d'una vegada he discutit personalment amb el comte de la Mortera, sense que, ni ell m'arribés a convèncer a mi, ni jo tingués la fortuna de convence'l a ell.

Conformes en l'apreciació de la trista realitat actual de la vida pública espanyola, divergim fonamentalment a l'apreciar-ne les causes i determinar-ne les responsabilitats. Pel comte de la Mortera, la major part de la culpa correspon a l'actuació regionalista (lo que ell en diu la «dreta de la Solidaritat»); en canvi, a mon entendre, bona part de la culpa correspon al maurisme. I no obstant aquesta fonamental contraposició de criteri, don Grabiél Maura parla amb simpatia i fa tots els honors i justícies al regionalisme, i jo, al parlar, ara i sempre, dels diferents factors que actúen en la política general espanyola, no puc menys de fer justícia a les qualitats eminents i a la honrada i nobilíssima significació que dintre la política espanyola ha tingut sempre don Antoni Maura.

Mes, abans d'entrar en l'examen de les causes i responsabilitats de la actual situació de la política espanyola, i d'esbrinar si el catalanisme, i especialment, els regionalistes, som culpables de l'«error» que ens atribueix el comte de la Mortera, començaré per fer-me càrrec d'una afirmació preciosa amb la qual comença l'article de don Grabiél Maura, situant de modo precís l'estat actual de la consciencia catalana.

Aquesta afirmació val un article i molts articles; amb l'acert de formular-la, demostra el